

VIVIR, CUIDAR, BIEN MORIR.

Por Margarita Saldaña Mostajo

Autora de Cuidar. Relato de una aventura, PPC 2019 y San José, los ojos de las entrañas. Sal Terrae 2021.

El 25 de marzo de este año 2021 era publicada en el BOE la ley orgánica de regulación de la eutanasia . El preámbulo afirma que «la presente Ley pretende dar una respuesta jurídica, sistemática, equilibrada y garantista, a una demanda sostenida de la sociedad actual como es la eutanasia. La eutanasia significa etimológicamente “buena muerte” y se puede definir como el acto deliberado de dar fin a la vida de una persona, producido por voluntad expresa de la propia persona y con el objeto de evitar un sufrimiento.»



Más allá de la pertinencia de la aprobación de esta ley en pleno estado de urgencia, y más allá también de que esta demanda haya sido realmente comprendida y sostenida por la sociedad española, cabe plantearse otras cuestiones de fondo. A partir de la experiencia cotidiana acompañando en una unidad de cuidados paliativos en París a personas gravemente enfermas, me veo confrontada con frecuencia a varias preguntas vitales: qué es lo que pide verdaderamente una persona (cuál es su “voluntad expresa”) cuando dice que quiere morir, cuáles son las propuestas que ofrecen la medicina y la sociedad para evitar el sufrimiento, qué puede significar la buena muerte, quién puede inspirar a los cristianos en este camino.

¿Dar fin a la vida... o ayudar a vivir con sentido?

Hace tiempo, trabajando en una residencia de ancianos, acompañé a una señora que aquí llamaremos Madame S. Tenía 93 años, padecía un cáncer incurable que evolucionaba despacio, se había caído, era casi completamente dependiente y ya no podía seguir viviendo sola en su casa. Una de mis compañeras, al observar que venía con las manos cruzadas sobre el pecho,

le dijo con desparpajo: “veo que es usted católica y que está rezando”. Su hijo, que la acompañaba, respondió un poco molesto: “mi madre es como yo, solo cree en lo que ve”. En aquel momento yo deseé con todas mis fuerzas que Madame S. pudiera ver en nosotras un poco de bondad.

Desde el principio, Madame S. expresó una profunda amargura y un intenso deseo de morir: “los viejos somos la escoria de la sociedad”, decía. Su tristeza inconsolable y su sentimiento de ser un “desecho” me movieron a buscar con ella algún resquicio de esperanza. Le propuse pasar todos los días un rato juntas para que me contase ciertos eventos del pasado que ella había vivido en primera persona y que me interesaban. Fue así como Madame S. me fue narrando una multitud de pequeños o grandes acontecimientos, llenos de aprendizaje para mí, desde la liberación de París en 1944 hasta las técnicas de elaboración tradicional de la perfumería francesa.

El día que fui a despedirme de ella, Madame S. me dijo con gran emoción: “si hubiera más personas como usted, seguramente no quisiera morirme”. En realidad, lo único que yo había hecho por ella fue acogerla en mi propia vida, no solo como “persona dependiente” sino, en primer lugar, como “persona valiosa” a la que valía la pena conocer, además de cuidar.

En el fondo, Madame S. más que morir lo que deseaba realmente era existir ante alguien, encontrar un sentido a su vida, seguir significando algo más que sus escaras, su incontinencia y sus dolores. Para la sociedad, sin embargo, hubiese resultado más eficiente responder a su demanda de morir por medio de una inyección legalmente administrada que buscar y financiar los medios necesarios para ayudarla a seguir viviendo. Algunos de estos medios serían, por ejemplo: personal suficiente, formado, motivado

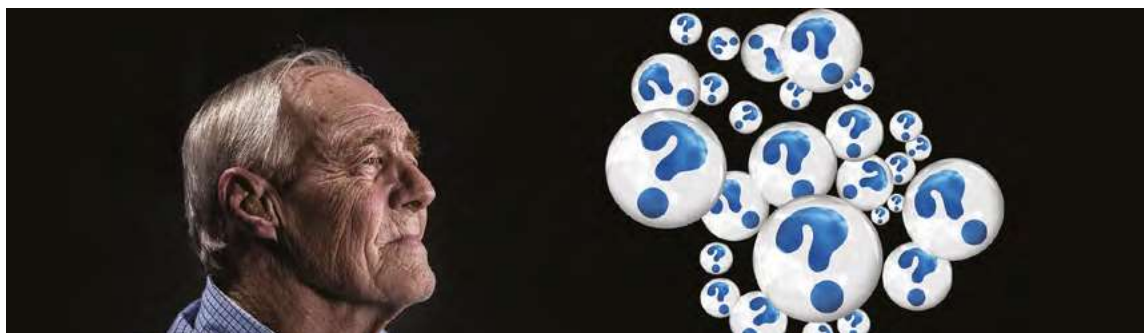
A todos nosotros se nos pide observar con cuidado a la familia, a nuestras familias, con una mirada nueva aprender a contemplarlas con la mirada de Dios.”



y bien retribuido en las residencias de ancianos; buenas condiciones materiales y sanitarias para continuar viviendo a domicilio; reconocimiento social y económico de los cuidadores principales; red de voluntariado que permita acompañar... y un largo etc.

Hacia una cultura del cuidado

Un discurso muy extendido nos conduce a considerar a los ancianos como una carga pesada para la vida social y familiar. Son “pasivos”, personas que ya no producen y que además consumen muchos recursos. Sin que la sociedad llegue a confesarlo abiertamente, los ancianos se han convertido para ella en seres “in-útiles” de los que convendría desprenderse, guardando las buenas formas, lo antes posible. Hace falta una mirada verdaderamente contracultural para contemplar la realidad del envejecimiento y el camino hacia la muerte desde otra perspectiva.



«Si se acepta el gran principio de los derechos que brotan del solo hecho de poseer la inalienable dignidad humana, es posible aceptar el desafío de soñar y pensar en otra humanidad», afirma Francisco (Fratelli tutti 127). Frente a la “cultura del descarte”, necesitamos urgentemente afinar una sensibilidad nueva que nos permita ir creando una “cultura del cuidado”; una cultura consciente de que los ancianos, aunque a veces pesan, cansan y manchan, son también una fuente de riqueza y aprendizaje, una afirmación de la vida.

Cuidar implica ocuparse de las necesidades básicas de las personas a quienes la edad o la enfermedad han rendido dependientes. Sin embargo, cuidar va mucho más allá del mero “ocuparse” y supone asegurar una presencia verdaderamente humana que posibilite la relación, incluso allí donde los estragos neurológicos han destruido la memoria, la palabra y otras muchas facultades. Adentrarnos en esta lógica, difícil pero enraizada en las entrañas de nuestra condición humana, se convierte entonces en una aventura apasionante, en una verdadera bienaventuranza: “bienaventurados los que cuidan, porque experimentarán la alegría de llegar hasta el fondo de la humanidad auténtica”.

Durante cuatro años viví una experiencia profesional que me permitió acompañar a Andrea, una mujer que padecía una enfermedad neurodegenerativa. A su lado aprendí

algunos significados de la palabra “cuidar”, que luego volqué en un pequeño libro: Cuidar. Relato de una aventura (PPC 2019). Reproduzco a continuación algunos párrafos (pgs. 159-161), que expresan mi convicción fundamental: es tiempo de cuidar.

Tiempo de cuidar

“Andrea me enseñó que es tiempo de cuidar. Oímos con frecuencia hablar del envejecimiento de la población, pero no siempre caemos en la cuenta de que este fenómeno constituye mucho más que un factor demográfico estadísticamente cuantificable. Es, sobre todo, una realidad humana que alberga rostros e historias, que demanda reflexión y respuestas, que merece ser tratada con infinito respeto. En nuestra capacidad de cuidar a los miembros más frágiles de nuestras sociedades y familias se pone en juego una dimensión esencial de nuestra humanidad. Nos hallamos ante un desafío grave, cuyas consecuencias quizá no estemos considerando con suficiente lucidez.

Andrea me enseñó también que cuidar es un ejercicio humano. Es, sin duda, una gran ventaja poder contar con ciertos aparatos que facilitan la administración de los cuidados, y cabe esperar que sean muchos más en un futuro próximo. Sin embargo, a pesar de su utilidad y sofisticación, los objetos no tienen corazón, ni sentimientos, ni capacidad de empatía. Con su inteligencia artificial, los robots pueden encontrar, por medio de



combinaciones matemáticas complejas, la mejor solución entre millones de opciones, pero no serán nunca capaces de cuidar, de realizar los gestos sencillos que nacen de la inteligencia humana: acariciar una mano, sonreír, guardar silencio.

Es tiempo de cuidar, no solo para quienes se dedican a ello de forma profesional, ni tampoco únicamente para aquellos que tienen personas ancianas en sus familias. Es hora de desarrollar una cultura del cuidado en nuestras ciudades y nuestros barrios, en nuestras calles, en nuestros edificios, en nuestras comunidades. (...) Es tiempo, en suma, de recuperar y de recrear aquella luz que logra descubrir, en el fondo de cada persona anciana, el tesoro de nuestra humanidad”.

Y cuando llega la muerte...

La cultura del cuidado se ve confrontada, antes o después, a la experiencia de la muerte. En este año que el Papa Francisco ha dedicado a San José, y en el contexto so-

cial que vivimos actualmente, parece oportuno recuperar la figura de este santo, tradicionalmente considerado como “abogado de la buena muerte”.

El pueblo creyente ha desarrollado a lo largo de los siglos una intuición profunda basada en los evangelios apócrifos, especialmente en la Historia de José el Carpintero, un texto escrito entre los siglos VI-VII. Si, de acuerdo con el dato bíblico, José parece ausente de los acontecimientos clave de la vida de Jesús, ha de ser porque murió con anterioridad, acompañado por Jesús y María. Al haber muerto en brazos de la Vida, él mismo se convierte en protector del género humano.

En la hora crucial de la muerte, Jesús intercede ante su Padre del cielo por su padre de la tierra. Por eso José puede ser considerado como abogado de la buena muerte: porque, en el momento de morir como todo ser humano, él experimenta la presencia intercesora de Jesús que pide para él la misericordia y abre la puerta a la esperanza.



Jordi Sabaté Pons @pons_sabate. Enfermo y activista contra el ELA.

Esta representación apócrifa de san José subraya ciertos elementos clave de la experiencia creyente que conviene no olvidar, especialmente en el contexto que vivimos en la actualidad. Después de una vida al servicio del plan de salvación, José muere a su hora, sin adelantarse y sin aferrarse a la vida. Afronta la muerte y lo que esta implica de dolor y angustia, solidario con todo el género humano. Pero no muere solo, sino rodeado de una Presencia que le ayuda a dar el gran paso final con la confianza puesta en la misericordia de Dios.

En esta hora social, recordemos que la verdadera “eutanasia”, la auténtica “buena muerte”, es aquella que permite a cada ser humano recorrer personalmente hasta el final su propio camino, desde la conciencia personal y colectiva de su dignidad inalienable, y rodeado del amor que intercede y consuela. San José, que quizá recibiera la gracia de vivir de esta manera, puede seguir siendo abogado de los que mueren

y compañero de todas aquellas personas que acompañan a otras en la aventura difícil vivir y de morir.

VER, MIRADA CREYENTE

Hoy se maneja un concepto de dignidad que la identifica con calidad de vida y se entiende que una vida de calidad es una vida sin sufrimiento. Se produce una identificación creciente entre la vida misma y la llamada “calidad de vida”, medida sobre todo por criterios de bienestar físico, de posesión y de prestigio social. Según esto, la vida débil, enferma o sufriente, no podría ser en modo alguno una “vida con calidad”.

¿Conoces alguna persona con enfermedad mortal o anciana? ¿En qué ponen ellos su calidad de vida? Aporta un hecho concreto.

Si no conoces a nadie puedes leer los tuis de Jordi Sabaté Pons (enfermo de ELA) @pons_sabate o ver su canal de youtube

JUZGAR, REFLEXIÓN CREYENTE

Los cristianos creemos que la “vida” no es una posesión personal con la que uno pueda hacer o que quiera. Dado que es Dios quien regala la vida, no existe una libertad absoluta en el manejo de este don temporal. El “no matarás” sirve también para mi propia vida.

“Si hubiera más personas como usted, seguramente no quisiera morirme” Madame S. ¿Qué te sugiere esta frase?

Sal 8, 5-9, ¿Qué es el hombre?

Catecismo 382, 2276-2279, 2324. Respeto a la vida humana.

Evangelium vitae, 20. No hay derecho a matar.

Laudato Sí, 90. Dignidad humana.

Fratelli tutti 127. Soñar una nueva humanidad

Después de leer y orar con estos textos ¿Ha cambiado en algo tu concepción sobre la dig-

nidad de la persona? ¿Qué llamadas recibes? ¿Qué actitudes o acciones me sugiere?

ACTUAR, REFLEXIÓN CREYENTE

Nos recuerda la autora que la verdadera “eutanasia”, la auténtica “buena muerte”, es aquella que permite a cada ser humano recorrer personalmente hasta el final su propio camino, desde la conciencia personal y colectiva de su dignidad inalienable, y rodeado del amor que intercede y consuela. Sugiere algunos cambios, por ejemplo: personal suficiente, formado, motivado y bien retribuido en las residencias de ancianos; buenas condiciones materiales y sanitarias para continuar viviendo a domicilio; reconocimiento social y económico de los cuidadores principales; red de voluntariado que permita acompañar... y un largo etc.

¿Qué respuesta puedes aportar al Señor para colaborar a la auténtica “buena muerte”? Concreta una acción personal y/o grupal para contribuir a ello.

